

DIEGO ANDRÉS RIVERA

Director General

FUNDACIÓN GRUPO DE APOYO

“El cigarrillo y el alcohol son drogas lícitas, pero también representa la puerta de entrada al mundo de la drogadicción”

Diego Andrés Rivera es una autoridad en el tema de las comunidades terapéuticas. La experiencia en el mundo de las drogas, su rehabilitación, transformación y preparación académica, le dan la autoridad suficiente para conducir con acierto la Fundación Grupo de Apoyo. Desde hace tres años es el director y representante legal de la institución que atiende toda la problemática de la drogadicción en el Tolima.



Diego vivió durante diez años en un laberinto cuando se dejó ganar el pulso por el alcohol y las sustancias psicoactivas. Pero a partir de su rehabilitación personal y laboral, logró recuperar los valores y la confianza de su familia y amigos. Por ejemplo, en el plano personal consolidó su hogar con Fabiola Perdomo y su hija Luna, y en el campo profesional se especializó en Gerencia del Talento Humano y Organizacional en la Universidad del Tolima.

Aunque es licenciado en Educación Física quiere afianzar su proceso de aprendizaje con una maestría en Educación que está realizando en la Corporación Universitaria Minuto de Dios (Uniminuto) y la Universidad Tecnológica de Monterrey en México.

Con todos estos éxitos, cosechados desde que decidió cambiar su estilo de vida, Diego proyecta su futuro a mediano plazo pensando en su entorno familiar y en la comunidad vulnerable que se ha dejado tomar ventaja por culpa de la adicción. Sin duda esa es la mejor forma de devolverle a la vida todas las bendiciones que ha recibido por su sanación de cuerpo y espíritu.



UNA VIDA LLENA DE LUJURIA

Hace cuatro años Dios le dio el mejor regalo de Navidad, justo cuando la rumba y todas sus consecuencias le estaban ganando la batalla.

A la una de la mañana del 24 de diciembre, estando reunido con su familia, recibió la llamada de su amigo Jesús Suaza Maldonado a quien hacía cinco años no veía. Él no solo le deseó una feliz Navidad sino que lo convenció para que iniciara un proceso de reingeniería en su vida. Esa milagrosa charla lo tiene hoy día sobrio, motivado y trabajando contra el flagelo de la drogadicción en el Tolima Grande.

El contacto telefónico le devolvió la película de su vida en las drogas, lo puso a analizar sus huellas y lo motivó para que decidiera tomar la alternativa de curarse definitivamente.

“La última vez que lo había visto Jesús estaba en la calle, y lo primero que pensé era que necesitaba dinero. Pero me habló muy sobrio y me contó su historia de vida durante esos cinco años; todo lo que vivió y las amargas experiencias que tuvo que superar. Jesús me convenció para abrir mi corazón

y entender que me tenía que dar una oportunidad, y fue así como inicié un tratamiento para poder desintoxicarme. Fue un proceso intensivo, ya que no tenía problemas de conducta; lo mío era un tema de trabajar las emociones”, asegura.

Diego Andrés vivía enrumbado todo el tiempo. Su problema de adicción comenzó con el alcohol y se prolongó con una mezcla de marihuana, cocaína, éxtasis, anfetaminas, bazuco, heroína y popper, una droga famosa en las rumbas electrónicas, más conocida como el “liquido dorado”, ya que produce un fogonazo en el cuerpo y entra directamente en el sistema nervioso afectando la médula espinal, lo que permite que el organismo se desinhiba. También es llamada “la droga del amor”.

Diego recuerda con tristeza que su problema comenzó en la adolescencia, en la etapa sensible de la vida cuando apenas cumplía los trece años, al empezar a copiar el comportamiento de otras personas a quienes veía que la pasaban bien en las fiestas bajo el influjo del alcohol. Fue un periodo de alcoholismo que duró cinco años hasta que ingresó a la universidad; pero lo peor estaba por venir.

Empezó a estudiar Psicología (cuatro semestres), Ciencias Políticas e Ingeniería de Sistemas, pero su inestabilidad lo obligó al retiro. Estaba completamente desubicado y sin rumbo fijo. Lo único que le interesaba era consumir drogas en medio de la presión del grupo que frecuentaba, pues se dejó confundir pensando en cosas materiales como usar ropa de marca, tener carro y pasarla bien.





“Caí en la adicción durante años, y aunque no estuve en la calle, mi problema fue terrible en el hogar, el trabajo y la parte económica, ya que le debía plata a todo el mundo”, manifiesta el hoy director de la Fundación Grupo de Apoyo.

El alcohol le generaba ansiedad por las sustancias tóxicas. Si no se emborrachaba no consumía fármacos, pero si compraba una cerveza automáticamente adquiría la droga. En el caso de Diego su problema estaba directamente asociado con la bebida, por eso sus rumbas duraban más de ocho días en un festival donde tenía cabida todo tipo de estupefacientes.

“Dependiendo de la rumba y los amigos, uno escogía la droga. Si estaba en un ambiente trance o de música electrónica, entonces consumía anfetaminas o éxtasis. Pero si la fiesta era más privada, entonces le daba rienda suelta a la cocaína, una sustancia que consumí por más de diez años”, sostiene.

EL PROCESO DE SALVACIÓN

Después de pasar por un estado de autodestrucción, Diego Andrés decidió ingresar a un centro de rehabilitación en Medellín donde hizo un tratamiento personalizado



durante dos meses. En la ciudad de la eterna primavera se reencontró consigo mismo y empezó a descubrir quién era y cuál el detonante que lo disparaba hacia el consumo.

“Lo más difícil fue admitir que era prepotente, vanidoso y arrogante. Allí lloré y acepté mis culpas, rabias, rencores y frustraciones”, recuerda.

Para Diego era imposible aceptar que no podía escuchar música sin tomarse un trago, y por ende, sin consumir droga. Pero hoy tiene una vida sana, y asiste a fiestas donde baila, canta y celebra sin caer en las tentaciones. Todos los días pone en práctica las herramientas que le enseñaron en el centro de rehabilitación, y está seguro de que si no lo hace... vuelve y recae.



“El problema de las adicciones no son las sustancias sino las emociones que lo llevan a uno a recurrir a la droga, como la intolerancia, la vanidad y la lujuria. Todos estos defectos de carácter se convierten en un trampolín hacia las sustancias psicoactivas, certifica con toda propiedad.

Hoy día Diego Andrés Rivera es un profesional de 35 años de edad que aprovechó su talento para jugar voleibol y ser becado por la Universidad Surcolombiana de Neiva donde se graduó como licenciado en Educación Física.

Como educador trabajó durante muchos años en el área de la docencia, pues su facilidad de expresión y el carisma con los alumnos y los padres de familia le sirvió para que Jesús Suaza lo invitara a hacer parte de la Fundación en calidad de director.

“Estoy feliz con el equipo clínico; nadie es más que otro en nuestro proyecto. Estoy motivado porque conozco de raíz el problema y puedo aportar experiencia y sabiduría a la gente que hoy necesita un salvavidas”.

Diego cree que la adicción es una enfermedad igual a la diabetes. Es decir, el diabético sabe que no puede probar el dulce y los drogadictos saben que deben abstenerse de consumir cualquier sustancia psicoactiva o alcohol.

“La adicción es una enfermedad para toda la eternidad porque lo que me separa de la vida mundana es el primer sorbo; no es más. Yo puedo estar limpio durante diez años, pero un trago me puede hacer reincidir”, asegura el Dr. Rivera.



Ahora es un hombre libre, sin complejos, orgulloso de su historia de vida, pues pocos hombres tienen la valentía para reconocer sus equivocaciones y levantarse de entre las cenizas. Diego salió de las tinieblas para contar su experiencia y trabajar a favor de los adictos a sustancias psicoactivas que aún siguen sumergidos en el alcohol y la drogadicción.

“El tema de las adicciones no es exclusivo. Nadie está exento de caer en la drogadicción. La droga no respeta condición social, raza, color, sexo o edad. Todo el mundo está expuesto a este grave flagelo”, finaliza diciendo Diego Andrés Rivera, uno de los gestores de la recuperación de la salud de los tolimenses.

